



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Cacería en Rusia*, por D. E. C. = *El soldado español siempre dichoso*, soneto por D. Adolfo de Castro. = *Con mal ó con bien á los tuyos te tén*, por Fernan Caballero, continuacion. = *Geroglífico*.

TEATRO PRINCIPAL.

REVISTA DE FUNCIONES.

Con perseverante celo continúa la serie de sus trabajos la compañía lírica, y mientras puede poner en escena la ópera de grande espectáculo *Don Sebastian*, aquí no conocida y cuyos ensayos adelantán, le ha sido forzoso recurrir al usado repertorio. Entre las de él se nos ha dado una, de antiguo ya vista en este teatro, y cuya reaparicion era para no pocos una verdadera novedad. Hablamos del *Moisés*, el nuevo se entiende, porque aunque en rigor hace muchos años que no lo es, llamósele así para distinguirlo del antiguo, del que solo difiere en algunas piezas de mas y en el orden de varias de sus escenas. Por él principiaremos.

El *Moisés* es una de las mas brillantes producciones de Rossini, y en ningun teatro italiano del mundo ha dejado de ejecutarse y de aplaudirse, constituyendo aun hoy en los principales de Europa una de las mejores joyas de sus repertorios. Dos circunstancias se necesitan, sin embargo, para asegurarle el gran éxito á que tiene derecho, y advertimos que entre estas dos circunstancias no mencionamos la de que haya de ser muy bien desempeñado, porque esa es general para todas las producciones escénicas. La primera condicion á que nos referimos es la de que se ponga con el gran aparato que su argumento exige: la segunda que el público no haya perdido ni por un solo dia la costumbre de oír óperas y de que estas no se hayan recitado á dos ó tres autores.

Vamos por partes.

La ópera es un espectáculo inventado para hablar á los sentidos tanto por lo menos como al co-

razon. Siendo tal su índole, ya se comprende que en ciertos géneros de ella es menester que los ojos gozen á par de los oídos. De aquí los bailes que les sirven de episodios, de aquí la propiedad ó la fantasía de las decoraciones, de aquí la esactitud de los trages, armas é instrumentos, de aquí los efectos de la maquinaria y de la luz, de aquí en fin todo eso que se llama grande espectáculo y que se espresa muy bien por esta palabra, puesto que se refiere á lo que se ha de ver y no á lo que se ha de oír. Pero si ambas cosas constituyen los dos polos sobre que han de girar obras de esta clase, se vé muy bien que faltándoles la una no es posible que baste la otra á sostenerlas debidamente. Si *Los mártires* no se hubiera puesto en escena como hace años se puso, de seguro no habria bastado su excelente música á proporcionarle su éxito colosal de entónces.

Faltábale mucho al *Moisés* de ahora para hallarse en este caso; pero la empresa comprendió, y en nuestro concepto acertadamente, que los crecidos gastos que habria tenido que hacer no pudiera hacerlos productivos una ópera ya muy esplotada, y que además tenia que luchar con el segundo inconveniente que apuntamos, y que vamos á esplanar.

Cuando los públicos ha tiempo que oyen solo óperas de ciertos autores y de cierto corte artístico, necesitan adquirir la costumbre de otra música para apreciarla. Despues de *Lucrecia* y de *Lucía*, despues del *Trovador* y de la *Traviata*, *Moisés* aparece como una riquísima tela de la que se ha hecho un trage cuya forma no es ya de moda hoy. A los ojos de los que no la conocen le falta algo, le falta como si digéramos el ahuecador y la doble enagua. Para discernir la belleza intrínseca de lo que es puramente de forma se necesita, lo repetimos, una no interrumpida costumbre.

Alguna que otra pieza de esta ópera ha alcanzado, sin embargo, gran aplauso. Señalaremos en primer término el duo del segundo acto, perfectamente cantado por los Sres. Stechi y Paccini.

El resto no hizo mas que sostenerse y pasar, y así ha seguido á pesar de que en las posteriores representaciones se ha cantado mejor que el primer dia.

Lucia de Lammermoor se ha oído con mas gusto y mayor aplauso, pero eran demasiado vivos los recuer-

dos que el público conservaba de esta encantadora ópera para que ahora alcanzase el grandísimo éxito de entonces. La Sra. Tortolini desempeñó su difícil papel con bastante acierto, y debió quedar contenta de la manera con que fueron apreciados sus esfuerzos.

Con motivo de los beneficios, y por vía de novedades de intermedio, bien es que mencionemos los duos de tiple y tenor de *Gemma di Vergi* y de *Los Mártires*, superiormente cantados ambos por la Sra. Peruzzi y el Sr. Landi, así como el rondó final de la primera de dichas óperas desempeñado por la mencionada artista, y en la que tuvimos que admirar una vez más las grandes condiciones de actriz que la caracterizan.

La Vestal sigue siendo la delicia del público, así por el superior mérito que encierra como por la manera con que es ejecutada. *Lucrecia Borgia* ha vuelto á oírse con mayor aplauso y más interés que al principio. Esto consiste en que ya se saborea. No nos equivocamos cuando dijimos que tal habría de acontecer más tarde ó más temprano.

Una pequeña interrupción ocasionada por indisposiciones de varios de los artistas de la compañía, ha dado lugar á otra novedad que ya anunciábamos en nuestro anterior número. Queremos hablar de los zuavos franceses, que han dado dos funciones en la anterior semana. De ellas nos proponemos decir pocas palabras.

La representación de piezas extranjeras por actores también extranjeros presenta siempre dificultades no leves para la apreciación de los públicos, pero estas dificultades suben de punto según los géneros que se ponen en escena y según las especiales circunstancias de los artistas. Gran parte de la habitual concurrencia del Principal comprende bien el francés, y poco ó nada de la representación habría perdido en una obra declamada ó al menos de un género que permitiese mayor pausa en el decir; pero el vaudeville es voluble y precipitado, está empedrado de coplas y requiere tanta lijereza en la lengua como en la acción. Esto hace perder la mayor parte de las palabras y dejar desapercibidos los conceptos para todos los que ó no sean franceses, ó no hayan adquirido en Francia con la costumbre de oír la costumbre de comprender. Si á lo dicho se agrega la falsa entonación que tienen que tomar artistas masculinos que han de hacer papeles femeniles, no se estrañará el que tantos, que hubieran leído de corrido aquellas producciones escritas en estraña lengua, se hayan quedado punto menos que á oscuras al oírlas recitadas al vapor por los zuavos.

No les negaremos, sin embargo, el nombre de artistas. Lo son en efecto. Hay en ellos esa naturalidad teatral, que es una naturalidad de convención como todas las cosas escénicas, hay buen decir, maneras oportunas, hay en fin escuela. En ellos se revela la altura á que se encuentra el arte en Francia; altura que no debe medirse por el mayor ó menor mérito de tal ó cual actor, sino por lo perfecto del conjunto, por la conveniencia y oportunidad de cada gesto, de cada acción muda,

de cada movimiento; por ese estudio de los pormenores más insignificantes al parecer; pero cuya importancia solo se comprende cuando se tocan los inconvenientes que lleva consigo el ignorarlos ó el no practicarlos. Ese es el arte, y él se revela en los trabajos de una compañía que en su origen, como es sabido, no se compuso sino de zuavos aficionados; de militares que entretenían los ocios de una ruda campaña poniendo en escena las únicas producciones que allí eran posibles y oportunas.

Entre los que hacen papeles de mujer se distingue el zuavo Glatigny, que no solo toma todos los modales y accidentes del sexo que representa, sino que sabe llevar las faldas con singular desahogo. Personas hubo allí que realmente le creyeron hembra; tanto era lo que no desmentía su ficción.

Hay en esto sin duda mucho que admirar á poco que se reflexione que aquella jóven de blancos dientes y de aire modesto y encogido, es nada menos que un zuavo; uno de esos intrépidos soldados cuya proverbial bravura aplaude el mundo; un perro de presa de esos que ha sabido azuzar el segundo imperio francés contra sus enemigos, ya estos peleen en los campos de la Argelia, ya en los de Crimea y ya en los de la Lombardía. Aquella al parecer delicada y coquetuela muchacha ha sido un vencedor de Alma y de Inkermann, ha subido tal vez al asalto de Malakoff, es pues todo un valiente. Soldados y valientes eran asimismo todos los que allí le acompañaban en la representación de las piezas, entre las cuales la última de la primera noche, titulada *La corde sensible*, hizo reír mucho por aquel *cancan* tan picarescamente indicado.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CACERIA EN RUSIA.

CAZA DEL LOBO.

En los bosques de Galetrina, los lobos son tan ligeros como las liebres en el bosque de San German.

La caza del lobo, es también como la del oso una de las distracciones más favoritas de los rusos; solamente que como los descendientes de Rurick aman el peligro por el peligro mismo, han inventado un modo particular de cazar el lobo que ofrece dos peligros á la vez:

En primer lugar, el de ser devorado por los lobos como Balduino I Emperador de Constantinopla; y en segundo la de ser destrozado en su carruaje como Hipólito hijo de Théseo.

He aquí como se aplica esta ingeniosa invención, en el invierno, sabiendo bien que en esta época la falta de alimento pone feroces á los lobos.

Se colocan tres ó cuatro cazadores dentro de un troika. Cada uno con una escopeta de dos cañones. El troika es un carruaje-trineo cualquiera tira-

do por tres caballos, llamado así por su tiro y no por su forma.

De dichos tres caballos, el de en medio nunca debe marchar sino al trote.

Los de la derecha é izquierda nunca deben dejar el galope.

El de en medio trota con la cabeza baja y se le llama el *come nieve*.

Los otros dos que no tienen mas que una rienda están sugetos por medio del cuerpo á la lanza, pero galopan con la cabeza vuelta, el uno á la derecha y el otro á la izquierda; á estos se les llama *los furiosos*.

El tiro llevado así en su carrera, ofrece el aspecto de un abanico.

Un cochero de confianza si es que hay un cochero en el mundo de quien pueda uno fiarse conduce el troika.

En la zaga del carruage se amarra con una cuerda, ó con una cadena para mayor seguridad un lechoncillo.

La cuerda ó cadena debe tener unos diez metros.

El lechoncillo es conducido cuidadosamente en el carruage hasta la entrada del bosque en que se piensa dar principio á la cacería.

En dicho sitio, se le pone en el suelo, y el cochero arrea los caballos que parten, el de en medio al trote y los de los lados á galope.

El lechoncillo, poco acostumbrado á este paso, dá gruñidos que pronto se convierten en lamentos.

A estos lamentos se distingue un lobo que se pone en persecucion del lechoncillo, despues dos, diez, hasta cincuenta lobos.

Todos se disputan el lechoncillo, se baten entre sí para acercarse á él y tan pronto le dan un arañazo como le tiran un mordiseo.

El pobre animal pasa de los lamentos á los gruñidos desesperados.

Estos acentos van á despertar á los lobos aun en lo mas profundo del bosque.

Cuantos lobos hay en tres leguas á la redonda, acuden y el troika se encuentra perseguido por una manada de lobos.

En este momento es cuando mas se necesita tener un buen cochero.

Los caballos que tienen un horror instintivo á los lobos no obedecen.

El que trota quisiera galopar, los que galopan quisieran desbocarse.

Mientras tanto los cazadores tiran á la ventura, no necesitan apuntar.

El lechoncillo gruñe, los caballos relinchan, los lobos ahullan y las escopetas hacen oír su detonacion.

Es un concierto capaz de causar celos á Mephistopheles con tan extraño ruido.

Tiro, cazadores, manada de lobos, no son mas que un torbellino llevado por el viento que hace volar la nieve en torno suyo y que semejante á una tempestuosa nube deslizándose en el aire, lanza los relámpagos y el rayo.

Mientras que el cochero es dueño de sus caballos, todo vá bien por desenfrenados que vayan.

Pero si cesa de ser dueño de ellos, si los caballos se detienen, si el troika vuelca, no queda esperanza.

El dia siguiente, ó en el mismo dia ocho horas despues, se encuentran solo los trozos del carruage, los cañones de las escopetas, los arrees de los caballos, y los huesos mayores de los cazadores y del cochero.

El invierno último, el príncipe Reppine hizo una de estas cacerías y poco faltó para ser la última que hiciese.

Se hallaba con dos amigos suyos en una de sus propiedades que lindan con el bosque; resolvió cazar lobos, ó mejor dicho que los lobos lo cazasen á él.

Se preparó un gran trineo, en el que tres personas pueden moverse con comodidad, se le engancharon tres vigorosos caballos que fueron confiados á un cochero nacido en el pais y de bastante experiencia.

Cada cazador llevaba un par de escopetas de dos cañones y municiones para ciento cincuenta tiros cada uno.

Los asientos fueron ocupados del modo siguiente: el príncipe Reppine de cara para la zaga del carruaje y cada uno de sus amigos para los lados de este.

Se llegó á un gran desierto cubierto de nieve.

Era de noche.

La luna brillaba en su lleno con su mas vivo resplandor, y sus rayos, reflectados por la nieve, esparcian una claridad que podia rivalizar con la del dia.

Se soltó el lechoncillo y partió el trineo.

El lechoncillo gruñó con fuerza al verse arrastrado á su pesar.

Algunos lobos aparecieron; pero en corto número, temerosos y quedándose á gran distancia.

Poco á poco se aumentó su número, y tan pronto como se aumentó se acercaron á los cazadores, los que teniendo designios de empezar, no daban á su troika mas que un movimiento ordinario, á pesar de la temerosa impaciencia de los caballos.

Eran veinte lobos poco mas ó menos los que se encontraron bastante cerca cuando se dió principio á la cacería.

Sonó un tiro y cayó un lobo.

Una gran confusion se esparció por la manada, pues les pareció habian muerto la mitad.

En efecto, á pesar del proverbio que dice los lobos no se comen unos á otros, siete ú ocho de los mas hambrientos se quedaron atrás para devorar al muerto.

Pero bien pronto se cubrieron las bajas. Por todas partes se oían ahullidos responder á los ahullidos, por todas partes se veían abalanzarse narices puntiagudas y brillar ojos semejantes á carbunclos.

Los lobos estaban á tiro y los cazadores hacian un fuego graneado.

Pero aunque á todos alcanzase, en vez de disminuir la manada aumentaba por momentos; bien pronto ya no fué una manada sino una innumerable muchedumbre; cuyas filas, estrechadas unas

con otras, seguían á los cazadores. Su carrera era tan rápida, que parecían volar sobre la nieve; tan lijera, que no causaba el mas leve ruido. Sus oleadas, semejantes á una marea muerta, se acercaban sin cesar mas y mas, y no retrocedían ante el fuego tan nutrido de los tres cazadores.

Formaban detrás del troika un inmenso semicírculo, cuyos dos extremos empezaban á llegar ya delante de los caballos.

Su número aumentaba con tal rapidez que se hubiera podido decir salían del centro de la tierra.

Habia algo fantástico en su aparición; no podían los cazadores en efecto darse cuenta de la presencia de dos ó tres mil lobos en un desierto en que apenas en toda una jornada se descubrían dos ó tres.

Se habia dejado de hacer gruñir al cerdo, y se le habia vuelto á colocar en el trineo, redoblando sus gruñidos la audacia de los lobos.

El fuego no habia cesado, pero ya se habian consumido mas de la mitad de las municiones. Lo mas que quedaba era para doscientos tiros, y se veían rodeados por dos ó tres mil lobos.

Los dos extremos del semicírculo adelantaban cada vez mas, amenazaban formar un círculo del que los cazadores, el trineo y los caballos llegarían á ser el punto céntrico.

Si uno de los caballos llegaban á cansarse no quedaba esperanza, y los caballos, azorados despedían fuego de sus narices y se encabritaban dando terribles saltos.

—Qué piensas de esto Ivan? preguntó el príncipe á su cochero.

—Pienso que nos hallamos bien mal, príncipe.

—Temes algo?

—Esos demonios han probado la sangre, y mientras mas fuego hagáis sobre ellos mas aumentará su número.

—Cual es tu parecer?

—Si me lo permitís, príncipe, voy á soltar las riendas á mis caballos.

—Estás seguro de ellos?

—Respondo.

—Y de nosotros respondes?

—El cochero no cotestó; era evidente que no quería comprometerse.

—Soltó las riendas á sus caballos en direccion del castillo.

Estos nobles animales á quienes se les creía con razon desbocados, aguijoneados por el terror redoblaron su ligereza.

El espacio era recorrido sin comparacion bajo sus desesperados resoplidos.

El cochero los estimulaba tambien por medio de un silbido agudo, al mismo tiempo que describían una curva que debia cortar uno de los ángulos del extremo del semicírculo formado ante ellos por los lobos.

Estos se apartaron para dejar paso á los caballos.

Los cazadores iban á disparar....

—Por vida vuestra, le dijo el cochero, no tiréis mas.

Ivan fué obedecido.

Los lobos se sorprendieron con esta inesperada

maniobra, permaneciendo un momento indecisos.

Mientras tanto el troika recorrió un verst.

Cuando los lobos se reunieron para perseguirle era ya tarde, no pudieron volverle á alcanzar.

Un cuarto de hora despues se divisó el castillo.

El príncipe graduó que en este cuarto de hora sus caballos habian andado mas de dos leguas.

El dia siguiente visitamos á caballo el campo de batalla y se encontraron los huesos de mas de doscientos lobos.

Hé aquí lo que es una cacería llena de emociones.

E. C.

EL SOLDADO ESPAÑOL SIEMPRE DICHOSO.

SONETO. (1)

Huyen los Africanos ya vencidos,
Tremola en Tetuan la cruz divina:
A uno y otro español la góndrina
Saluda como antiguos conocidos.

Piden la paz, de espanto estremecidos,
Los soberbios que ven ya su ruina:
Soberbios sí; pero cual ruda encina
Con el tronco y los brazos carcomidos.

¡Ah soldado español, cuánta es tu gloria!
El Cid y el gran Gonzalo con laureles
Tu sangre enjugarán tras la victoria.

Mas si acaban tu vida los infieles,
¿Dónde irás, al volver de tu desmayo?
Ante Dios y á los brazos de Pelayo.

ADOLFO DE CASTRO.

CON MAL Ó CON BIEN A LOS TUYOS TE TÊN.

(CONTINUACION.)

Un incidente vino en breve á dar mas vehemencia á la efervescente, aunque efimera pasion, de Servando. Una mañana, que estaba sentado con la hermosa hija á la cabecera del moribundo, que yacía siempre sin conocimiento, se abrió la puerta, y entró un mozo bien portado en traje de campesino, en cuya marcada fisonomía se veían el sello de la honradez y la entereza de un carácter enérgico. Al verle Regla prorumpió en sollozos, exclamando:

—Sebastian, Sebastian! se muere! Al padre de mi alma me lo han matado!

Pero Sebastian, estático, solo contemplaba a

(1) Leído en sesion pública del Ateneo de Cádiz, en la sesion del 15 de Febrero.

elegante jóven, sentado con tanta franqueza y libertad al lado de Regla.

Quizás en este momento, y no antes, Regla consideró claramente una situación que hasta entonces había visto confusa al través de sus lágrimas. Levantóse como asustada, y cogiendo á Sebastian, que permanecía inmóvil, por la mano, le arrastró tras sí al lado del postrado herido.

—Padre, dijo acercándose á su oído: aquí está Sebastian; Sebastian, vuestro sobrino.

El moribundo no dió señal alguna de haber oído.

—Lo ves! exclamó Regla torciéndose las manos. No te conocé! no te conoce! se muere! se muere!

Entonces Sebastian, llevándose á la desconsolada jóven al extremo opuesto del cuarto:

—Qué hace ahí ese usía? preguntó con la severidad de la honradez y la aspereza de los celos.

—Ese? contestó Regla; si no fuera por ese ¿qué sería de mí? ¿Acaso estabas tú aquí?

—¿Y necesitas, repuso con reconcentrada indignación Sebastian, quien haga mis veces cuando yo esté ausente?

—Yo no sé lo que ha pasado, contestó angustiada la pobre niña. Pero sé que nada podía yo hacer ni disponer; que él todo lo ha hecho por mi pobre padre, y que es un ángel que Dios me envió en mi tribulación.

—Un ángel, eh? dijo con rabiosa sorna Sebastian. Mira, Regla: nada puedo decirte ahora, porque la garganta se me anuda; pero sábetelo y créeme: *Que con mal ó con bien á los tuyos te tén.*—Vóime, porque no soy dueño de mí, y no quiero que haya un desman. Voy á hablar con el contratista de la plaza; dentro de una hora estoy de vuelta, y ten entendido que si he de entrar yo, ha de haber salido ese señorito; que aquí no hay lugar para los dos. O él, ó yo: estás prevenida. Dueña eres de tu voluntad; que puñal no te he de poner al pecho para que á mí me la des. Pero ten presente, Regla, lo que á decirte vuelvo; *Con mal ó con bien, á los tuyos te tén.*

—Sebastian! exclamó Regla: Sebastian, óyeme; pero Sebastian había desaparecido sin añadir ni un adios.

Regla se volvió ahogada en llanto á la cabecera del herido.

—Padre mio! exclamó la pobre niña. Padre mio! No os vayais, no me dejéis desamparada!

—Qué teneis? preguntó Servando.

—Es que no quiere volver.

—Quién?

—Sebastian.

—Y qué le hace?

—Mucho, señor.

—Pues quién es Sebastian?

—Es mi novio.

—Y le amais mucho?

—No tengo mas amparo que él!

—Y yo?

—No sois mi novio.

—Pero puedo serlo.

—Qué, señor! los ricos no son novios de las pobres.

—Qué lo estorba?

—Aquello de que "cada oveja con su pareja."

—Parejas son las que se aman, Regla.

—Señor, no hagais burla; no es razon hacerla de una hija á la cabecera de su padre moribundo.

—Es que no me burlo, Regla; pues te juro que te amo con toda mi alma.

—Eso no quita que querais hacer burla de mí, señor.

—Si tú me amases á mí, Regla, no serias tan desconfiada. Serlo conmigo, prueba que eres una ingrata.

—No soy ingrata, no, no! exclamó la pobre niña, que dió otro sentido á la frase. Lo que os agradezco lo que por el padre de mi alma estais haciendo, Dios lo sabe, que es el que conoce los corazones. Ay, Jesus! Jesus! Padre, no me dejéis desamparada!

Los sollozos desgarraban el pecho de la infeliz Regla.

Todos los corazones son accesibles á la compasión en ciertas circunstancias, y mas cuando el objeto que la inspira, reúne á una situación destrozadora el encanto de la juventud y de la hermosura.

—¿Por qué te desconsuelas así, Regla? dijo con voz conmovida Servando; ¿por qué ese desasosiego y congoja?

—Porque dice Sebastian que se va y no hace mas caso de mí, si os halla aquí cuando vuelva, contestó la atribulada niña.

—Y bien! que se vaya; respondió con rabia y desden Servando.

—Y qué será entonces de mí?

—Una mujer rica y feliz.

—Cómo?

—Eso es de mi cuenta.

—Os equivocais, señor, que es de la mia.

—Te doy desde luego, y por ahora, esta posada que está de venta.

—Yo no tomo regalos de un estraño, repuso Regla con esa dignidad femenina, la mas pura y la mas noble de todas las dignidades.

—Me rechazas, Regla? Me iré pues, dijo Servando.

—Y qué otro remedio! exclamó la pobre niña, volviendo á verter un torrente de lágrimas, que le arrancó la próxima separación de su bello y generoso protector.

—Dejarle ir á él, contestó este.

—Esta es una mala partida, señor.

—Y no lo es echarme á mí?

—No, señor.

—Y por qué?

—Porque vos, señor, me dais mala sombra, y él, aunque pobre, me la da buena.

Servando, vencido en sus argumentos por la sencilla lógica de la honradez, dió indeciso algunos pasos por la habitación. Mil sentimientos diversos le agitaban. Su pasión exaltada por los celos, su orgullo ajado por verse echado de allí por un rústico campesino, la impresión de felicidad que le causaba la inclinación que dejaba traslucir por él aquella sencilla é ingénuo jóven, á quien

dos hombres venian á acongojar á la cabecera de su moribundo padre: todas estas cosas le afectaron profundamente. Conoció que no habia alternativa. Debia alejarse, ó debia amparar honradamente á aquella inocente y bella criatura. Así fué que, despues de un rato de reflexion, prefiriendo como hombre débil y voluntarioso, lo presente á lo futuro, la satisfaccion al sacrificio, Servando se acercó á Regla, y le dijo con ese tono de sinceridad que no se imita:

—Regla, quieres ser mi mujer?

Regla contestó en ese mismo sentido:

—Tanta dicha para mí!

—Tanta dicha para los dos! repuso Servando.

Y acercándose al lecho del picador, asido de la mano de Regla:

—Vivid, le dijo; vivid para vernos felices!

Regla dió un agudo grito; pues en aquel instante abrió el picador desmesuradamente los ojos, dió un gemido y espiró.

Regla se echó sobre el exánime cadáver de su padre.

En este momento llegaba Sebastian. Servando le salió al encuentro y le atajó el paso.

—Murió, le dijo, y alargándole un bolsillo de dinero, añadió: disponed el entierro.

—El cuidado será mio; respondió Sebastian sin tomar el dinero. Y para costearlo tengo los medios, que no ha menester que se entierre mi tío de limosna.

Dió en seguida unos pasos para entrar en el cuarto mortuario.

—Qué quereis? preguntó con sequedad Servando.

—Llevarme á mi prima.

—Es que me la llevo yo.

—Vos! exclamó Sebastian encendiéndose sus ojos como dos hogueras; eso está por ver. Regla al perder la sombra de su padre, no debe estar ni estará, ¡por las llagas de Cristo lo juro! sino á la sombra de su marido.

—Y así será, porque su marido soy yo.

—Vos! exclamó palideciendo el pobre jóven. María Santísima, qué desatino!

—Si desatino se comete, repuso con altivez Servando, estará de mi parte.

—De ambas! señor, de ambas! exclamó con dolor Sebastian.

—Y en qué fundais tan insolente aserto?

—Lo fundó en que ha de ser Regla mas infeliz que la nave que naufraga por llevar mucha vela; y vos, como la que no camina á gusto por llevar á remolque un cuerpo extraño. Porque extraños sois y lo sereis; y siempre aconsejó el sefrán: *Que con mal ó con bien, á los tuyos te tén*; y dijo la sentencia "Que á quien de los suyos se aleja, Dios le deja."

Diciendo esto se alejó Sebastian desesperado.

Servando depositó á la desconsolada Regla en casa de la hermana de la posadera, que era una mujer honrada, y mientras á su lado le prodigaba consuelos y halagos, Sebastian, con otro pariente y dos de la cuadrilla, llevaban sobre sus hombros el cadáver del picador al cementerio, último, tierno

y respetuoso tributo de cariño y aprecio que da el pueblo á sus allegados.

IV.

Algunos días despues de las escenas que hemos referido, estaba Servando una mañana en su cuarto en Cádiz, echado sobre su sofá, pasando revista á un frac y chaleco que le habian enviado de Londres.

Estas remesas de vestidos enviados de Londres á los currutacos de Cádiz por los paquetes, sea dicho entre paréntesis, fué lo que les valió el nombre de *paquetes*.

Abrióse la puerta y entró un caballero francés, amigo suyo, sugeto que definiremos *roué*, como él se definia con complacencia á sí mismo, lo cual quiere decir *liebre corrida*. Es de advertir, que esta liebre habia sido corrida, no por vergeles, sino por bastos matorrales; lo que no impedia que vistiese con suma y aun exajerada elegancia: no siempre están en armonia lo interno y eterno.

Mr. Arturo Folichon, este era su nombre, no era el tipo del francés alegre, vivo, amable, chistoso, valiente, bondadoso, tan dispuesto á dar una estocada como un abrazo, tan apto para el placer como para el estudio; á los goces como á los sacrificios; á llorar con el triste, como á reir con el alegre. No, nada de eso. Mr. Arturo Folichon era un francés *parlamentarizado*, sério, sentencioso, echándola de importante, aunque maldita la importancia que tenia. Estaba este ciudadano alzado sobre su opinion en todas materias, como sobre un pedestal. No creia en la infalibilidad del papa; pero creia en la suya; lo que hacia honor á su despreocupacion, pero no á su modestia. Entre varias anomalias que ostentaba, era una la de detestar é imitar todo lo inglés; pero sobre todo la aficion á viajar y la ironia; en este ramo era una especialidad, y rayaba en lo sublime, como la gran cómica Mlle. Rachel.

Poco interés tiene la biografía de semejante sugeto: solo diremos en globo, que habiéndole hallado á mano en una revuelta política un personaje, le dió una mision secreta y poco propia para salir á luz; que la desempeñó perfectamente mal; que el personaje, para quitarse de encima aquel moscon que podia zumbiar desagradablemente, le proporcionó la regencia de un periódico, cuyos fondos desaparecieron con Mr. Arturo Folichon, que se los comia en la agradable vida de *touriste*, esto es, viajero que viaja sin mas objeto que el de divertirse. Soberbias existencias, llenas de boato y de goces, que hace brotar á centenares el siglo XIX por ensalmo, como trasformaciones de comedias de mágia, ante cuyo resplandor instantáneo se quedan algunos papamoscas con la boca abierta, incluso el que esto escribe.

—Oh! dijo al entrar; por lo visto el Puerto es un Versailles poblado de Lavalières, Montespanes y Fontanges, puesto que no es posible que sean los ojos de los toros los que hayan detenido allí á un Lovelace como sois vos. ¿Habeis dejado á alguna

ninfa del Guadalete vuestro corazón tierno y juvenil?

—Por qué no he de confesarlo? exclamó Servando con expansion: se ha fijado para siempre!

—Para siempre! Querido, ese aserto en punto á amores, y por regla general en todo, ha caducado con el despotismo y la inquisición. *Pour toujours*, no se halla mas que en los lemas de los sellos.

*Ni jamais ni toujours
C'est la devise des amours.*

—Me indigna, repuso Servando, que los indiferentes se burlen de un lenguaje que mañana les harán usar unos bellos ojos.

Mr. Folichon se levantó, y dió algunos pasos hacia un elegante botiquin que Servando había traído de Londres.

—Qué haceis? preguntó este.

—Quiero prepararos unas gotas de digital, respondió el interrogado. La digital es un medicamento que tiene la virtud de calmar el curso de la sangre.

—No estoy malo, dijo Servando.

—Oh! y de peligro: repuso su interlocutor: tenéis calentura de mas de cien pulsaciones por minuto.

—Si lo estoy, no quiero curarme.

—Sois, pues, feliz?

—Lo seré.

—Las esperanzas son los modestos goces de una virtuosa juventud.

—Sabreis, para que no creais ilusorias mis esperanzas, que me voy á casar; pero es un secreto. No quiero que lo sepa mi madre.

—Casarse? á los veinte y dos años! *quelle folie!* Pero locura que hace honor á vuestra moralidad. Solo nosotros, los hombres de mundo, esto es, los *corrompidos*, como dicen las mamás, miramos como una detestable carga el *santo vínculo*.

De cierto que si la madre de Servando ú otra persona sensata y sencilla hubiese estado oyendo á Mr. Folichon, hubiera tomado esta fina y graciosa ironía por una verdad de Pero Grullo.

—No tengo el mérito de casarme por moralidad, repuso Servando: lo tiene aquella divina criatura, tan imposible de seducir, como imposible de olvidar.

—Una Lucrecia? Qué casualidad! Hay muchas por aquí?

—Averiguadlo, respondió Servando soltando una carcajada.

—Me guardaré, me guardaré, contestó picado Mr. Folichon; no me quiero esponer á dar con tan inexorable vestal, que me hiciese perder la cabeza hasta el punto que la habeis perdido vos. Guarda, Pablo! como dice mi Gil Blas cuando limpia las pistolas que me sirven para mis desafíos.

—Pues, amigo mio, cada cual busca la felicidad á su manera. Por mí, me uniré á aquel ángel, sin el que no podría hallarla.

—Buscad otra voz; el *ángel* ha pasado de moda. equivale á Clóris, y es *espantosamente rococó*.

—Si viérais que bella es!

—Ya! las feas no entran en juego.

—Qué pura y qué virtuosa!

—Ah! ah! tanto peor!

—Qué corazón tan amante!

—A los que tengo la mas decidida antipatía.

—Antipatía! y por qué?

—Porque un corazón amante es el mas despótico y egoísta tirano; es la caja de Pandora, es un manantial de lágrimas, un ventisquero de suspiros, un repuesto de exigencias, un arsenal de quejas y reconvenções. Pero á todo esto ¿quién es la dichosa?

—No me desdeño de decirlo: es la hermosa hija del picador á quien mató un toro en la corrida del día de San Juan.

—La hija de un picador! dijo sin alterarse el confidente de Servando. Una *mesalianza* es una cosa muy *fashionable*, amigo mio; pero es muy tonta.

—Tonta!

—Sí; sí; es, como dice nuestro profundo Talleyrand, peor que una culpa; es una pifia.

—Es que vos haceis del casamiento un asunto de cabeza; y para mí es un asunto de corazón.

—Ese es el lenguaje de una cándida y sentimental colegiala de Saint-Cyr.

—Ah! si la viérais!

—Por vista: será una Venus; pero toda la belleza del mundo, no hace *conveniente* á un partido.

—Es la virtud misma.

—Cálculo, amigo, cálculo. Sois muy novicio, estremadamente novicio, *mon cher*.

Don Arturo Folichon se creía padre maestro, porque siempre pensaba lo peor. Muchos hay que tienen esa misma convicción, y que suelen equivocarse en sus fallos, como Mr. Folichon en la referida circunstancia.

—Mi palabra está dada, dijo resueltamente Servando para cortar una polémica que le era enojosa.

—Palabra á mujeres! exclamó Mr. Folichon alzando los hombros; *allons donc*.

—Me casaré! sí señor, me casaré! repuso exasperado Servando.

—Tened presente, dijo su interlocutor, que es para toda la vida, segun las sabias instituciones que nos rigen. Supongo que así como sois un tortolito en el amor, sereis un fénix en la constancia; un segundo Adán en el exclusivismo.

—Ella es; contestó riendo Servando, que no sería malo el poder renovar la mercancía cuando se avería ó cuando cansa.

—Ved ahí por lo que no quiero casarme, dijo el solterito de cuarenta años, el calavera rancio, el enamorado gastado, el mariposon valetudinario, el petimetre á *régimen confortativo*, arreglando delante de un espejo el casquete que adornaba su cráneo calvo y vacío.—No me he casado, por no ser un mal marido; porque *siempre perdiz* hasta al Obispo cansó, cuando se las hizo servir diariamente Luis XIV.

El señor Folichon colocaba en la misma calificación el estómago y el corazón, el paladar y los sen-

timientos; en lo que lógicamente seguía las inspiraciones de su escuela materialista.

—Creedme, *mon garçon*; desistid de esa locura, prosiguió el consejero.

—Oh, imposible! imposible! exclamó Servando: sin aquel ser encantador no puedo vivir.

—Pues haced un casamiento fingido, ya que solo la grave ceremonia puede humanizar aquel *dragon de virtud*: eso es novelesco, y es un golpe digno de un legítimo D. Juan Tenorio, héroe poetizado, cantado, popularizado y admirado, y cuya gloria es impeccedera.

—Eso es una felonía, exclamó Servando.

—Y vos, con vuestros *grands mots* y severos principios, un tipo de moralidad, digno de recibir el premio de virtud instituido en mi país por el benemérito *Mr. de Monthyon*. Venid acá, inocente: ¿no veis que esa mujer, esa *mijaurée*, esa marisabidilla os quiere arrastrar á cometer un disparate? Considerad que cuando se desengañe de la estratagemá, estará hecha á la buena vida, y que con tal que se la proporcioneis, estará contenta, y habreis pagado vuestra deuda. No faltará un ayuda de cámara que cargue con ella si la dotais. *Mon cher, celà se voit tous les jours* (1).

—En Francia puede, dijo Servando; pero aquí no.

—Pues es preciso, querido, repuso M. Folichon, que os despreocupeis y entreis de lleno en la senda de la libertad universal, de hechos, de sentimientos, de pensamientos, de palabras, de cultos, y sobre todo, de conciencia. Mientras la libertad no reine sola y universalmente, no hemos hecho nada.

Servando tenía una de esas naturalezas como por desgracia tienen muchos, que son semejantes á las materias absorbentes é inodoras, que se impregnan desde luego de la esencia de aquellas con que se ponen en contacto; naturalezas fluidas como los rios, impetuosas á veces; pero que siempre acaban por seguir la senda por donde se las quiere llevar. Por eso los buenos padres cuidan y deben cuidar tanto de las relaciones que hacen y de las sociedades que frecuentan sus hijos.

El amigo de Servando, no solo logró con su perversa fraseología persuadir á Servando á cometer el mas inicuo fraude, sino que le ayudó en todo á llevarlo á cabo, haciendo en esta sacrílega farsa de testigo, y su bien adiestrado Gil Blas, de sacerdote.

Pasaron los presuntos esposos algunos meses felicísimos, que fueron para ellos esa *luna de miel*, como llaman los alemanes é ingleses al tiempo que nosotros denominamos *comer el pan de la boda*, y que tiene su mayor encanto para los que se aman, en la dulce certeza que encierran justamente aquellas palabras que horripilaban á Mr. Folichon, y son: ¡PARA SIEMPRE! ¡Cuán lejos estaba del amante y honrado corazón de Regla el falaz engaño de que habia sido víctima! Pero digamos en honor de la realidad, puesto que los tipos enteramente malos son raros, y mucho menos cotidianos que los ente-

(1) Eso se vé todos los dias.

ramente buenos, digamos que Servando, que amaba á Regla, abrigaba el propósito firme de legitimar á su mujer, é hijos, si los tenia, cuando faltase su madre. ¡Qué poco tienen presente los que difieren un buen propósito, un refrán que sábiamente dice, "que por la calle de DESPUES se llega á la plaza de NUNCA!"

(Se continuará.)

En el sumario del Cuaderno del dia 5 de este mes, se anotó por equivocacion un dibujo de tapicería, no correspondiendo al citado número; por tanto advertimos á nuestros suscritores que hasta el próximo mes no se repartirá.

SOLUCIONES DE LOS GEROGLÍFICOS ANTERIORES.

Soldados españoles calan bayoneta y los bárbaros marroquíes huyen espantados.

El solaz de tirar saquillos ha quedado solo para las criadas de casa y las cursis.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNÁNDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

